

Testimonio



PARÁLISIS FACIAL

Juergen Buche, ND (Canadá)

21 de marzo de 2011

“Perder la mitad de mi cara no fue una infección viral después de todo”

Durante mucho tiempo, décadas en realidad, cierto misterio había ocupado mi curiosidad. Era una “enfermedad” extraña que me afligió repentinamente, sin previo aviso, allá por 1964. Toda mi familia inmediata casi se divirtió con esta aflicción mía inusual porque era muy diferente a mi personalidad y carácter.

¿Por qué sé que fue en 1964? Porque tenía 27 años en ese momento y había estado trabajando para una gran empresa de electrónica a la que me uní en 1957. Después de siete años, había llegado al codiciado puesto de Supervisor de instalación y, francamente, estaba muy orgulloso de mi logro y, como era de esperar, estaba ansioso por compartir mi buena fortuna con mis padres que, en ese momento, vivían en los Municipios del Este (de la provincia de Quebec).

Un buen sábado por la mañana empaqué a mis dos hijos, mi perro y mi esposa en mi modesto automóvil y condujimos dos horas desde Montreal hasta Sutton, QC. Mi padre y mi madre nos recibieron con el entusiasmo habitual y nos dispusimos a lo que pensé que iba a ser una tarde relajante; pero esto no iba a ser – y les explico...

Rodeada de mi familia y mis padres escuchando atentamente, les dije a mi padre ya mi madre que finalmente había obtenido un ascenso y que esperaba con ansias mi primera asignación profesional importante. Antes de que tuviera la oportunidad de explorar más a fondo las posibilidades, mi padre me miró muy serio y dijo con voz grave: “Me sorprende que tus superiores cometan un error tan grande porque descubrirán cuán incompetente y mentalmente discapacitado eres”.

¡Realmente lo son, seguramente te degradarán o te despedirán por completo!

¡No pude creer lo que escuché! Este era mi propio padre hablando, revelando a toda mi familia lo que pensaba de mí, su propia carne y sangre, y sentí que había sido brutalizado emocionalmente, había perdido la cara frente a toda mi familia y había sido ridiculizado públicamente de la peor manera. Esto no lo podía soportar sentado.

De repente me levanté, reuní a mi familia y me dirigí al auto en protesta silenciosa. Parecía que ni siquiera tenía la energía o la fuerza de voluntad para justificarme ante él. ¿Cómo pudo hacerme esto a mí, su propio hijo? Mientras conducíamos de regreso a Montreal, estaba furioso por dentro, pero por fuera era incapaz de verbalizar este insulto indescriptible y la exposición pública de algo de lo que no había sido consciente: la opinión percibida de mi padre sobre mí.

Esa noche, me di cuenta de que estaba hablando de una manera extraña, me tropecé con mis propias palabras y sentí cierta tensión en el lado *derecho* de mi cara (¡soy diestro!), y más tarde esa noche me dijeron que mi rostro estaba distorsionado y extraño: mi ojo derecho estaba completamente abierto y sin parpadear, mi labio derecho estaba extrañamente caído e incluso babeaba, y cuando sonreí, mi rostro izquierdo era perfectamente normal, pero mi lado derecho de la cara era como una máscara, inmóvil, y finalmente paralizado.

Naturalmente, mi familia estaba alarmada y comprensiva. A la mañana siguiente, la situación no era mejor que la noche anterior y comencé a buscar una explicación para mi inusual aflicción. Una “infección viral del nervio facial” fue lo mejor que pudo encontrar mi médico, excepto que consideró necesario decir que a menudo esta situación resultaba en una “desfiguración permanente” (sus palabras, no las mías). Él diagnosticó mi condición como “parálisis de Bell”.

Imagíneme yendo a trabajar de esta manera, conociendo gente, hablando con la gente, ¡fue una pesadilla! Pasó una semana y finalmente mi madre se disculpó por la indescriptible insensibilidad del comportamiento de mi padre, y empujé el episodio desagradable debajo de la alfombra. Fue entonces cuando lentamente sentí que la vida volvía al lado derecho de mi cara. Ya no había ninguna razón para preocuparse por las consecuencias

permanentes y la vida volvió a la normalidad para mí.

40 años más tarde, en 2004, aprendí sobre la Nueva Medicina Germánica y con un mayor conocimiento comencé a conectar los puntos y, por primera vez en más de cuatro décadas, las circunstancias que rodearon mi “Parálisis de Bell” comenzaron a tener sentido, y yo Me di cuenta de que las palabras irreflexivas y crueles de mi padre me habían hecho sentir ridiculizado porque aparentemente había “perdido la cara” frente a mi propia familia. Esta pérdida de respeto y “estatus” resultó en una parálisis facial derecha que solo desapareció después de que me encogí de hombros ante los comentarios de mi padre como algo indigno de siquiera pensar.

Estoy agradecido de haber finalmente recibido un cierre en este asunto, gracias a GNM, y ser consciente de las consecuencias de las palabras habladas, aunque en este caso yo estaba en el extremo receptor.

Juergen Buche, Montreal

Fuente: www.LearningGNM.com

© LearningGNM.com

DESCARGO DE RESPONSABILIDAD: La información de este documento no reemplaza el consejo médico profesional.